

CONTIENE 3 FOLIOS

900008(1)  
UAB

FAX. No. (91) 586.48.48.

EL MUNDO

Universitat Autònoma de Barcelona  
Biblioteca d'Humanitats  
CULTURA

Fernando Baeta

Manuel Llorente

575

PASOLINI, INQUIETO, APASIONADO

José Agustín Goytisolo.

Si no fue por la ayuda que Pasolini me prestó, yo hubiese sido incapaz de traducir los guiones de Accatone y Mamma Roma, que Carlos Barral quería publicar en la espléndida Biblioteca Breve. La dificultad principal era que casi todos los personajes se expresaban en romanesco, dialecto empleado por el pueblo llano de Roma y sus alrededores.

De poco me servía haber leído los famosos Sonetti romaneschi, de Giuseppe Gioacchino Belli, escritos y publicados postumamente a mediados del siglo pasado. La edición, que yo manejaba era de los años cincuenta, que a pie de página <sup>INCLUIA /</sup> la traducción libre al italiano normal, que es el que conozco. Pero el problema era que el romanesco actual había variado enormemente, introduciendo nuevas expresiones en las que me perdía.

Fue la hispanista Miriam Sumbulovich quien me puso en contacto con Pasolini. Por aquellos años, yo paraba frecuentemente en Milán, y pasaba allí largas temporadas. No me pregunten el porqué, pues no lo recuerdo claramente. Debió ser por la cantidad de buenos amigos y amigas que allí tenía: Elio Vittorini, Rossana Rossanda y un largo etcétera.

La Sumbulovich telefonó desde Milán a Roma, y concertó una entrevista. Esto debía ser a primeros de los años sesenta. Yo sólo conocía de Pasolini los libros de poesía Le cenere di Gramsci y La religione del mio tempo, y en prosa Ragazzi di vita y Una vita violenta. Por supuesto, había visto las películas cuyos guiones tenía que traducir: las imágenes suplieron mi dificultad de entender el habla de los actores. Yo quería traducir los guiones a un castellano inteligible, sin querer emplear el argot de los barrios bajos de Madrid o de Barcelona. Un castellano canalla era mi ambición.

Pasolini me recibió en su casa. Era un hombre de complexión fuerte, algo bajo de estatura, de rostro anguloso y ojos penetrantes al mirar, y como distraídos cuando escuchaba o callaba. Vestía prendas deportivas para estar por casa, pero fuera de ella lucía trajes bien cortados, camisas elegantes y zapatos finos.

Me preguntó, naturalmente, por la situación en España, y dijo que pensaba ir a Barcelona, invitado por Barral, y también para buscar un actor para hacer de Cristo en Il Vangelo secondo Matteo. Tenía que ser un español, estaba seguro. Y así fue. Un muchacho barcelonés llamado Irazoqui hizo ese papel.

La cuestión es que me ayudó muchísimo al traducir del romanesco al italiano multitud de palabras y expresiones. En tres o cuatro sesiones, nada agobiantes ni prolongadas, pude resolver las dificultades que traía anotadas. La primera vez trabajamos en su casa, luego en una trattoria, pero su mejor ayuda me la brindó paseando por las calles carcanas a la Stazione Términi, en donde se escuchaba el romanesco, y luego visitando y sentándonos en los bares de los arrabales o borghettos, y tomando notas de mis dudas.

En estos lugares Pasolini era muy popular, pues había rodado allí las dos películas cuyos guiones eran mi trabajo: mucha gente le saludaba, y a veces él invitaba a algún muchacho a sentarse con nosotros y a beber un bicchiere di chianti, eh.

Regresé a Barcelona con la pulida versión castellana de los dos guiones. Mamma Roma se publicó en seguida, y coincidió con el estreno -censurado y destrozado- de la película. La portada de Anna Magnani hizo que el libro desapareciese del almacén en menos de un año. Hoy día es muy difícil encontrarlo, ni siquiera en librerías de lance. Peor suerte corrió Accatone: le entregué a Carlos el original, para Biblioteca Breve, y una copia para la censura. Pero cuando Carlos fue apartado de Seix Barral, el original se perdió en el tumulto. Mea culpa. Debí hacer otra copia.

575

Poco tiempo después Pasolini apareció por Barcelona. Como ya dije, a los pocos días ya había encontrado a su Cristo: era un estudiante barcelonés, Enrique Irazoqui, que no era actor, acabó interpretando ese papel.

Le debió gustar mi casa, ya que citaba aquí a toda la gente de cine y de teatro, y también a otros amigos: Miquel Porter-Moix, Román Gubern, Ricardo Salvat, Carlos Barral, Jaime Gil de Biedma...

La charla que dió Pasolini en Barcelona fue "pasoliniana": La policía prohibió que se celebrase en el Aula Magna de la Facultad de Medicina, y un estudiante listillo decidió que Pasolini y los que íbamos a escucharle nos trasladáramos, a través de un sótano de unión, al Hospital Clínico. No se encontró mejor lugar que la Sala Magistral de vivisección de cadáveres, una especie de gallera o pequeña plaza de toros, en la que los alumnos de medicina observan las autopsias y escuchaban las explicaciones de profesores y catedráticos. El aula se llenó a tope. Pasolini se situó apoyado en la mesa de mármol blanco y se presentó. Dijo quién era, por qué le apasionaban el cine y el teatro, la poesía y la novela. Declaró ser marxista y también que le interesaban ciertos aspectos del cristianismo, que consideraba positivos, y el coloquio se convirtió en un acto político contra la dictadura.

Volví a Barcelona varias veces más. Recorría el casco antiguo, el barrio chino, los suburbios y los cementerios. "Son las mejores radiografías de las ciudades" decía.

La última vez que le vi fue en Roma, cenando con Antonello Trombaroni, Mario Alicata, Francesco Rossi y Ernasto Treccani, entre otros. Siempre le recordaré como un hombre inquieto, triste y apasionado.